

EN PUNTO

TEATRO

Juicio americano sobre cuatro autores españoles

Es interesante saber lo que los públicos americanos piensan de las distintas obras que lleva en su jira la buena Compañía del María Guerrero. A nuestros oídos han llegado algunas opiniones de un calificado testigo de las primeras representaciones, aunque siempre queda en pie el muy importante dato de saber qué tipo de público es el que asiste a estas funciones, y, país por país, qué relación existe entre esos espectadores teatrales y la colectividad nacional correspondiente.

Autores sometidos a juicio: Valle-Inclán, Arniches, Miguel Mihura y Antonio Gala (pues los clásicos quedan al margen de este debate). Obras: «La enamorada del rey», «La rosa de papel», «El señor Adrián, el primo», «Tres sombreros de copa» y «Los verdes campos del Edén».

El gran vencedor, sin la menor duda, Valle-Inclán. Y, en especial, «La rosa de papel», lo que prueba, indirectamente, las asociaciones que nuestro público advertía o establecía a cuenta de «La enamorada del rey», y que, lógicamente, no surgen en el público americano.

El éxito de Valle no hace sino confirmar lo que ya sabíamos: que se trata del más grande autor español contemporáneo y que la imposibilidad de seguir el magisterio de su esperpento entraña algo así como una automática calificación de nuestra penuria escénica. Los que tantas veces, hablando de las relaciones culturales entre España y los países latinoamericanos, se pierden en un bosque de palabras, habrían de sacar de este éxito de Valle las oportunas conclusiones. Conclusiones de una objetividad inapelable: porque el problema está en que Valle nos da ese prestigio y fuerza cultural

que tantas otras cosas nos rebajan.

Arniches ha servido al tópico. «La señorita de Trévelez», sobre todas, y alguna que otra comedia grotesca, podían haber mostrado el Arniches más rico y más inseguro. «El señor Adrián, el primo», responde por el contrario, a la más «pura» imagen del sainete madrileño. La obra funciona como una hermosa postal en colores de la Corrala. El público encuentra todo lo que, preceptivamente, es Arniches. Y lo pasa bien.

Con «Tres sombreros de copa» —para mi gusto, una de las grandes obras del moderno teatro español— ocurre una cosa sólo aparentemente extraña, pero, en realidad, totalmente lógica tratándose de una obra de humor. Al parecer, el público no la entiende muy bien. Así debe ser en la medida en que se les escape «el otro lado» de la moneda.

Recordemos las vicisitudes sufridas por esta excelente obra en aquella jira que Maritza Caballero realizó por provincias. Una determinada realidad española se sintió agredida y rechazó con violencia la comedia. Esa realidad, que es toda una concepción de la sociedad y de la vida, un repertorio de contradicciones y coartadas, es la que puso en solfa Miguel Mihura. Ahora bien, ¿cómo acceder a las claves del humorismo de la comedia si el espectador no tiene conocimiento de esa realidad puesta en entredicho? ¿Cómo respirar la potencia agresiva —poéticamente agresiva— de una situación, de un personaje o de una frase, si, previamente, uno no ha sentido el peso de lo que ahora se combate?

Lo que vuelve a demostrar una cosa archisabida e impracticada: el gran teatro se escribe siempre al arrimo

de unas circunstancias concretas; por definición, cosmopolitismo, teatro para no importa qué lugar, y verdadero y gran teatro, son conceptos que se excluyen. Aunque, muchas veces, por extensión de las circunstancias, una obra enraizada en un lugar, un tiempo y una coyuntura, pueda ser más o menos comprendida en todo el mundo. Finalmente, la obra de Gala, «Los

verdes campos del Edén», resulta ambigua para una mayoría. Suena —me decían— un poco a un Saroyan menor. Lo que viene a dar la razón a las críticas de los que —recuerdo, por ejemplo, lo que escribió Ricardo Domenech— la consideran la obra más endeble del, sin duda, interesantísimo autor de «El sol en el hormiguero» y «Noviembre y un poco de hierba». ■ J. M.

CUANDO BERGMAN SONRIE

A propósito de todas estas damas...



A un snobismo Bergman ha sucedido otro de sentido contrario. Esto es un hecho. El realizador sueco, descubierta para Europa en el Festival de Cannes de 1956, precisamente a raíz de la proyección de «Sonrisas de una

noche de verano», que desde hace unas semanas se proyecta en Madrid, ha sido, durante la segunda mitad de la década de los cincuenta, el «intocable», cada uno de cuyos films —que por otra parte iban llegando a las pantallas en absoluto desorden cronológico— era saludado con frenesí casi irracional. Luego vino el desmoronamiento, un desmoronamiento que procedía más de la actitud de críticos y espectadores que de la propia trayectoria de su obra. Una operación de apropiación, por parte de la burguesía —Bergman no ha sido nunca, por supuesto, un cineasta revolucionario, o lo ha sido en muy contadas ocasiones—, dio como resultado que en la imagen popular el pensador suplantara al cineasta, el filósofo al poeta del amor. Y de ahí ha venido, en líneas generales, la confusión.

Bergman, en efecto, es más que discutible como filósofo, empezando por la pseudoprofundidad de las tesis de sus films más «serios». Su búsqueda de lo absoluto a partir de unas coordenadas ideológicas que son extrañas a quien no sea muy versado en la cultura nórdica, no interesa demasiado en otras latitudes. La insistencia, por otra parte, con que en las últimas de sus obras recientes llegadas a nuestras pantallas explicita sus ideas, no viene a arreglar las cosas, y, así, en «Los comulgantes» y «Persona», los extraordinarios hallazgos en el terreno de las relaciones entre los personajes —de carácter vampírico— se velan frustrados por un demasiado evidente y machacón afán de dar sustancia literaria a lo que se bastaba para expresar la imagen... No obstante, queda en la mayoría de sus obras, incluso en las más cuestionables, un sedimento válido, el que se refiere a la relación hombre-mujer, nunca sencilla, siempre auténtica, y, sobre todo, una extraordinaria galería de retratos femeninos, a la que han dado vida una serie de actrices maravillosas, desde la Eva Henning de los comienzos, a su último descubrimiento, Liv Ullman, pasando por las habituales Harriet Andersson, Eva Dahlbeck, Bibi Andersson, Ingrid Thulin...

«Sonrisas», que llega a pantallas es-



EN PUNTO

pañolas al cabo de catorce años, fue, como queda dicho, la película que centró la atención europea sobre la obra de Bergman. Estaba lejos de ser la primera. Llevaba quince realizadas con anterioridad. Con todo, y en función de los prejuicios existentes respecto a todo lo escandinavo, se habló entonces de vodevil, se hicieron referencias a Marivaux, cuando bien claro estaba, y el título bastaba para demostrarlo, que la referencia obligada era Shakespeare. Hoy, con la perspectiva que da el tiempo, «Sonrisas» resulta una de las obras más válidas de su autor, una, también, de las pocas cuya filosofía es irreprochable, en función, precisamente, de su falta de pretensión. Excelente comedia, magnífico espectáculo —el hecho de que Desirée Armfeldt, la «meneuse de jeu», sea una actriz, es

harto significativo—, el film es, pese a la brillantez que le hayan restado los años —unos años en los que el ritmo cinematográfico se ha hecho mucho más vivo, más ágil—, una obra siempre burbujeante, llena de resonancias libertinas, en la mejor tradición del teatro europeo de la gran época, llámese Siglo de Oro o época isabelina. Por encima del juego de parejas, de las brillantes oposiciones de personajes, existe, además de una corrosiva crítica de los convencionalismos sociales, un apasionado canto al amor. Las parejas que se han ido haciendo y deshaciendo acabarán por hallar su verdadero lugar, su exacta combinación gracias a la abolición de una serie de prejuicios, a la intervención de la sabia Desirée y al vino servido por la no menos sabia vieja señora Armfeldt,

sin hablar del contacto con la naturaleza, elemento demiúrgico de toda la narrativa escandinava.

Como en los mejores Bergman, los personajes femeninos son los más ricos, los más complejos, aunque sean también los de más dudosa moralidad, lo que ha dado pie para que, en más de una ocasión, se haya acusado al cineasta de misógino. A su lado, los hombres son como fantechos de una pieza, que se dejan llevar por sus parejas. El abogado Eckerman pasará de la abstención forzada a que le obliga su joven esposa a una nueva historia de amor con la que fue su amante. El aspirante a teólogo dejará que la sirvienta Petra juegue con él hasta que un simple azar le haga caer en brazos de la mujer a la que realmente ama, sin que él haya puesto nada de

su parte. El conde Malcolm tendrá que dejarse atrapar en el juego de Desirée para averiguar que con quien realmente se entiende bien es con su esposa. Y Frid, el cochero, prometerá a Petra lo que ésta quiera, después de que ella le haya revelado que la verdadera vida es tal como ella la entiende. Los juegos del amor y del azar han sido, en última instancia, dirigidos por las mujeres, más abocadas que los hombres, según Bergman, al amor. Y las cuatro mujeres de «Sonrisas» —Harriet Andersson, Ulla Jacobson, Eva Dahlbeck, Margit Carlqvist— forman, en la galería bergmaniana, cuatro de sus elementos más representativos. Lo mismo que «Sonrisas» es, al margen de su apariencia «diferente», una de las más representativas de sus obras y de su pensamiento. ■ C. S. F.

LA ACUMULACION DE CRISIS

(Viene de la página 5)

El riesgo es el de que otros países del subcontinente tomen medidas parecidas, y que el antiamericanismo comience a dejar de ser un monopolio de la izquierda. Algunos consejeros de Nixon parecen haberle advertido del riesgo de una repetición de historia. Si las primeras nacionalizaciones de Cuba no hubiesen sido bruscamente respondidas con un bloqueo y con anulación de los contratos de compra de azúcar, Cuba no se hubiese tenido que inclinar hacia los países comunistas para sostener su economía y no se hubiese llegado al comunismo, sino a una cierta forma de democracia avanzada que parecía

ser entonces —dicen esos consejeros— la base de la personalidad de Fidel Castro. El contraargumento de los «duros» es, naturalmente, inverso. Según ellos, no se atacó a Cuba con la fuerza suficiente como para destruir su régimen revolucionario, y ello trajo estas consecuencias...

En toda esta serie de crisis acumuladas se le está agotando a Nixon poco a poco lo que hasta ahora era su fuerza: la prudencia, la cautela. No cabe duda de que Nixon ganó las elecciones, y ganó luego algo más que las elecciones, cierta esperanza del país, gracias a lo que en lenguaje de las rela-



Bruselas, ante la llama del monumento al Soldado Desconocido.

ciones públicas se llama la creación de una imagen. Esta recreación del personaje es lo que Stewart Alsop ha llamado «la desmontuización de Nixon», con un neologismo bastante feo, pero bastante expresivo. Alsop encuentra cuatro razones principales para esta reconciliación con el hombre que fue considerado como una especie de «monstruo humano». Una es que no se ha mostrado como monstruo hasta ahora, otra es la calidad humana de las gentes de su gobierno, la tercera es simplemente que «no es Johnson», y la cuarta, que ha hecho una apertura hacia la sinceridad, la libertad de información y la expansión de las noticias gubernamentales. Se pue-

den encontrar unas razones también bastante importantes. Una podría ser su «luna de miel» con el poder, el plazo, el margen de confianza abierto a todo Presidente nuevo.

La otra es que todavía no ha hecho nada. Parece que, en momentos como el que atraviesa Estados Unidos, no hacer nada es mejor para un Presidente que hacer cualquier cosa, sea ésta cual sea, porque siempre el desenlace es malo. Nixon ha aparecido hasta ahora como un hombre relajado, tranquilo, expectante. Su viaje a Europa es de «información», sus conversaciones con los soviéticos son «exploratorias», su atención a los problemas interiores es «de estudio». Todo es prudencia y serenidad. Pero ocurre que los acontecimientos en torno a él no se han serenado por el simple hecho de que él los contemple con calma y la dinámica se precipita al margen de la inmovilización política, ocurre que los plazos se agotan y que Nixon tiene ya que empezar a tomar decisiones. En Europa, con la URSS, con China, en Oriente Medio, en Hispanoamérica. Con sus estudiantes, con sus negros, con sus soldados en el Vietnam, con el dólar, con las industrias, con los impuestos.

Va llegando el momento en que Nixon, tal como sea, tal como pueda ser o le dejen ser, apunte su realidad bajo el Nixon de la imagen electoral creada y de la luna de miel con el poder. Se está viendo venir. ■ E. H. T.



Con J. Rey, presidente de la Comunidad Económica Europea.